

SR. TEMEROSO, CONSOLADO

Volumen 1 – Sermón No. 246

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 3 DE ABRIL DE 1859,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

“¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?”.

Mateo 14:31

Parece como si la duda estuviera condenada a ser la compañera perpetua de la fe. Así como el polvo acompaña a las ruedas del carro, las dudas naturalmente nublan la fe. Algunos hombres de poca fe están perpetuamente envueltos en temores, su fe parece solo lo suficientemente fuerte como para permitirles dudar. Si no tuvieran fe en absoluto, entonces no dudarían, pero teniendo tan poca, y tan poca, están perpetuamente envueltos en conjeturas, sospechas y temores angustiosos. Otros, que han alcanzado una gran fuerza y estabilidad en la fe, son, sin embargo, a veces, sujetos de duda. El que tiene una fe colosal a veces encontrará que las nubes del miedo flotan sobre la frente de su confianza. No es posible, supongo, mientras el hombre esté en este mundo, que sea perfecto en nada, y ciertamente parece ser completamente imposible que sea perfecto en la fe.

A veces, en efecto, el Señor, a propósito, deja a sus hijos, les quita la infusión divina de su gracia y les permite comenzar a hundirse, para que comprendan que la fe no es obra de ellos, sino que es primeramente don de Dios, y debe ser siempre mantenida y mantenida viva en el corazón por la nueva influencia del Espíritu Santo. Supongo que Pedro era un hombre de gran fe, cuando otros dudaron, Pedro creyó. Audazmente declaró que Jesús era el Cristo, el Hijo del Dios viviente, por cuya fe recibió el elogio del Maestro: “Bendito seas, Simón hijo de Jonás; porque no os lo ha revelado carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos”.

Tenía una fe tan fuerte que, por mandato de Cristo, podía pisar la ola y encontrarla como un cristal bajo sus pies, pero incluso a él se le permitió caer en esta cosa. La fe lo abandonó, miró los vientos y las olas, y comenzó a hundirse, y el Señor le dijo: “Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?” Tanto como decir, “Oh Pedro, tu gran fe es Mi don y la grandeza de ella es Mi obra. No pienses que eres el autor de tu propia fe. Te dejaré y esta gran fe tuya desaparecerá rápidamente y como otro que no tiene fe, creerás en los vientos y mirarás las olas, pero desconfiarás del poder de tu Maestro y por lo tanto te hundirás”.

Creo que estaré bastante seguro al concluir esta mañana que hay algunos aquí que están llenos de dudas y temores. Estoy seguro de que todos los verdaderos cristianos tienen sus

momentos de angustiosos cuestionamientos. El corazón que nunca ha dudado aún no ha aprendido a creer. Como dicen los labradores: "La tierra que no da cardos no da trigo", y el corazón que no puede producir una duda aún no ha entendido el significado de creer. El que nunca dudó de su estado, quizás, quizás sea demasiado tarde. Sí, puede haber aquí tímidos, aquellos que siempre tienen poca fe, y también puede haber grandes corazones, aquellos que son valientes por la verdad, que ahora están soportando temporadas de abatimiento y horas de oscuridad del corazón.

Ahora, al esforzarme por consolarlos esta mañana, quisiera señalar que el texto se basa en un principio muy sabio. Si un hombre cree en algo, siempre es apropiado hacerle la pregunta: "¿Por qué crees? ¿Qué pruebas tienes de que lo que crees es ciertamente correcto?" Creemos en la evidencia. Ahora bien, la parte más tonta de las dudas de muchos hombres es que no dudan de la evidencia. Si les hicieras la pregunta: "¿Por qué dudas?", no podrían responder con justicia.

Sin embargo, ten en cuenta que, si las dudas de los hombres son dolorosas, la forma más sabia de eliminarlas es simplemente ver si tienen una base firme. "Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?" Si crees algo, quieres evidencia, y antes de dudar de algo, también debes tener evidencia. Creer sin pruebas es ser crédulo y dudar sin pruebas es ser necio. Deberíamos tener motivos para nuestras dudas, así como una base para nuestra fe. El texto, por lo tanto, se basa en un principio excelente, y trata con todas las mentes que dudan haciéndoles esta pregunta: "Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?"

Me esforzaré por exhortarlos en el mismo plan esta mañana. Dividiré mi sermón en dos partes. Primero, me dirigiré a aquellos de ustedes que están en grandes problemas con respecto a circunstancias temporales, sois pueblo de Dios, pero sois duramente probados, y habéis comenzado a dudar. Entonces trataré contigo sobre asuntos espirituales. Hay algunos aquí, que son el pueblo verdadero, vivificado y viviente de Dios, pero están dudando, a ellos también les haré la misma pregunta: "Hombres de poca fe, ¿por qué dudas?"

1. Primero, pues, en **CIRCUNSTANCIAS TEMPORALES.**

Dios no ha hecho para Su pueblo un camino suave al cielo. Antes de ser coronados deben luchar, antes de poder entrar en la ciudad celestial, deben cumplir un fatigoso peregrinaje. La religión nos ayuda en los problemas, pero no nos permite escapar de ellos. Es a través de muchas tribulaciones que heredamos el reino.

Ahora bien, el cristiano cuando está lleno de fe pasa por la aflicción con un cántico en la boca, entraría en el horno de fuego mismo, sin miedo a la llama devoradora, o con Jonás descendería a las grandes profundidades, sin alarma ante el mar hambriento. Mientras la fe se mantiene firme, el temor es un extraño, pero a veces, durante diversas tribulaciones grandes y dolorosas, el cristiano comienza a temer que seguramente al final será vencido, y será

abandonado a sí mismo para morir y perecer en la desesperación.

Ahora bien, ¿cuál es la razón por la que dudas? Debo llegar a la intención del texto y hacer la gran pregunta: "Hombre de poca fe, ¿por qué dudas?" Aquí será apropiado que nos preguntemos: ¿Por qué dudó Simón Pedro? Dudó por dos razones. Primero, porque se fijó demasiado en las segundas causas, y segundo, porque se fijó demasiado poco en la primera causa. La respuesta te conviene también a ti, mi tembloroso hermano. Esta es la razón por la que dudas, porque estás mirando demasiado a las cosas que se ven, y demasiado poco a tu Amigo invisible que está detrás de tus problemas, y que vendrá para tu liberación.

Mira al pobre Pedro en el barco, su Maestro le pide que venga, en un momento se arroja al mar y, para su propia sorpresa, se encuentra caminando sobre las olas. Él mira hacia abajo, y en realidad es el hecho, su pie está sobre una ola con cresta y, sin embargo, se mantiene erguido, vuelve a pisar y, sin embargo, su pie es seguro. "¡Vaya!" piensa Pedro, "esto es maravilloso". Comienza a preguntarse dentro de su espíritu qué clase de hombre Él debe ser quien le ha permitido hollar así las traicioneras profundidades, pero en ese momento, llega aullando a través del mar una terrible ráfaga de viento, silba en el oído de Pedro, y él dice dentro de sí mismo: "¡Ah! aquí viene una enorme ola impulsada por la explosión, ahora, seguramente, debo hacerlo, seré abrumado". Tan pronto como el pensamiento entra en su corazón, desciende y las olas comienzan a envolverlo. Mientras cerró sus ojos a la ola y a la ráfaga, y los mantuvo abiertos solo para el Señor que estaba allí delante de él, no se hundió, pero en el momento en que cerró sus ojos en Cristo y miró el tormentoso viento y profundidad traicionera, se hundió.

Podría haber atravesado las leguas del Atlántico, podría haber cruzado el ancho Pacífico, si hubiera podido mantener sus ojos en Cristo, y nunca una ola hubiera cedido a sus pasos, pero podría haberse ahogado en un muy arroyo si empezaba a mirar las segundas causas, y a olvidar al Gran Jefe y Maestro del Universo que le había mandado caminar por el mar. Digo, la razón misma de la duda de Pedro fue que miró a las segundas causas y no a la primera causa.

Ahora, esa es la razón por la que dudas. Déjame sondearte ahora por un tiempo. Estás desanimado por los asuntos temporales, ¿cuál es la razón por la que estás en problemas? "Porque", dirá usted, "nunca antes en mi vida estuve en tal condición. Ola tras ola de angustia me sobreviene. He perdido un amigo y luego otro. Parece como si el negocio se me hubiera escapado por completo. Una vez tuve una marea alta, y ahora es un reflujo, y mi pobre barco rechina sobre la grava, y descubro que no tiene suficiente agua para flotar, ¿qué será de mí? Y, ¡ay! Señor, mis enemigos han conspirado contra mí por todos los medios para descuartizarme y destruirme, oposición tras oposición me amenaza. Mi tienda debe estar cerrada, la bancarrota me mira a la cara y no sé qué será de mí".

O bien, tus problemas toman otra forma, y sientes que estás llamado a algún servicio eminentemente arduo para tu Señor, y tu fuerza es completamente insignificante comparada con el trabajo que tienes por delante. Si tuvieras mucha fe, sería todo lo que podrías hacer para lograrlo, pero con tu pobre poca fe estás completamente derrotado. No puedes ver cómo puedes lograr el asunto en absoluto. Ahora bien, ¿qué es todo esto sino simplemente mirar las segundas causas? Están mirando sus problemas, no al Dios que envió sus problemas, se están mirando a ustedes mismos, no al Dios que habita dentro de ustedes y que ha prometido sostenerlos.

¡Oh alma! bastaría para hacer dudar al corazón más poderoso, si sólo mirara las cosas que se ven. El que está más cerca del reino de los cielos tendría motivos para desfallecer y morir si no tuviera nada que mirar excepto lo que el ojo puede ver y el oído oír. ¿Qué maravilla, pues, si estáis desconsolados, cuando habéis comenzado a mirar las cosas que siempre han de ser enemigas de la fe?

Pero te recuerdo que te has olvidado de mirar a Cristo desde que has estado en este problema. Déjame preguntarte, ¿no has pensado menos de Cristo que nunca? No supondré que hayas descuidado la oración, o que hayas dejado tu Biblia sin leer, pero, aun así, ¿has tenido alguno de esos dulces pensamientos de Cristo que alguna vez tuviste? ¿Ha sido capaz de llevarle todos sus problemas a Él y decirle: "Señor, tú sabes todas las cosas; confío todo en Tus manos"?

Déjame preguntarte, ¿has considerado que Cristo es omnipotente y, por lo tanto, capaz de liberarte, que Él es fiel y debe liberarte porque Él lo ha prometido? ¿No habéis puesto vuestros ojos en su vara, y no en su mano? ¿No habéis mirado más bien al ladrón que os hirió, que al corazón que movió a ese ladrón? Oh, recuerda que nunca puedes encontrar gozo y paz mientras miras las cosas que se ven, las segundas causas de tu problema, tu única esperanza, tu único refugio y gozo debe ser mirar a Aquel que mora detrás del velo. Pedro se hundió cuando miró hacia las providencias externas, tú también debes hacerlo. Él nunca habría dejado de caminar sobre la ola, nunca habría comenzado a hundirse, si hubiera mirado solo a Cristo, ni lo harás tú si miras solo a Él.

Y aquí, permítanme ahora comenzar a argumentar con aquellos de ustedes que son el pueblo de Dios, que están en graves problemas para que Cristo no los deje hundirse. Permítanme prohibir sus temores con unas pocas palabras de consuelo. Ahora estás en la condición de Pedro, eres como Pedro, eres siervo de Cristo. Cristo es un buen maestro. Nunca has oído que Él permitió que uno de Sus siervos se ahogara cuando iba a Sus mandados. ¿No cuidará de los suyos? ¿Se dirá finalmente que uno de los discípulos de Cristo pereció mientras estaba en obediencia a Cristo? Yo digo que Él sería un mal amo si te enviara a un encargo que implicaría tu destrucción.

Pedro, cuando estaba en el agua, estaba donde su Maestro lo había llamado a estar, y tú en tu problema ahora, no solo eres el siervo de Cristo, sino que estás donde Cristo ha elegido ponerte. Vuestras aflicciones, recordad, no vienen ni del oriente ni del occidente, ni vuestra angustia brota de la tierra; todo vuestro sufrimiento os es enviado por vuestro Dios. La medicina que ahora bebes está compuesta en el cielo. Cada grano de esta amargura que ahora llena tu boca fue medido por el médico celestial. No hay ni una onza más de problemas en tu copa que los que Dios eligió poner allí. Dios pesó tu carga antes de que fueras llamado a llevarla. El Señor que os dio la misericordia la ha quitado, el mismo Dios que os ha bendecido con alegría es el que ahora os ha arado con dolor. Estás donde Dios te puso.

Hazte esta pregunta entonces, ¿Es posible que Cristo pusiera a Su propio siervo en una condición peligrosa y luego lo dejara allí? He oído hablar de demonios, en fábulas, que tientan a los hombres al mar para ahogarlos, pero ¿es Cristo una sirena? ¿Atraerá a Su pueblo a las rocas? ¿Los tentará a un lugar donde los destruirá? Dios no lo quiera. Si Cristo os llama al fuego, os sacará de él, y si os manda caminar por el mar, os permitirá hollarlo con seguridad. No dudes, alma, si hubieras venido allí por ti misma, entonces podrías temer, pero como Cristo te puso allí, Él te sacará de nuevo. Que este sea el pilar de tu confianza, eres Su siervo, Él no te dejará, estás donde Él te puso, Él no puede permitir que perezcas. Mira, pues, lejos de la angustia que te rodea, a tu Maestro y a Su mano que ha planeado todas estas cosas.

Recuerda también quién es el que te tiene donde estás. No es un tirano severo el que te ha metido en problemas. No es un corazón austero y sin amor el que os ha pedido pasar por esta dificultad para satisfacer un capricho caprichoso. Ah, no, el que os inquieta es Cristo. Recuerda Su mano sangrante, y ¿puedes pensar que las manos que cayeron en sangre pueden colgarse alguna vez cuando deberían ser extendidas para tu liberación? Piensa en el ojo que lloró por ti en la cruz, y entonces el ojo que lloró por ti, ¿puede ser ciego cuando estás afligido? Piensa en el corazón que se abrió para ti, y el corazón que desangró su vida para rescatarte de la muerte, ¿será duro e impasible cuando estás abrumado por el dolor?

Es Cristo quien está de pie sobre la ola en medio de la tempestad contigo. Él está sufriendo tanto como tú. Pedro no es el único que camina sobre el mar, Su maestro también está allí con él. ¿Te dejará El que te compró, El que está casado contigo, El que te ha llevado hasta aquí, te ha socorrido hasta aquí, El que te ama más de lo que se ama a Sí mismo, te abandonará? Aparta tus ojos de la áspera ola, no escuches más los aullidos de la tempestad, vuelve tus ojos a Él, tu amoroso Señor, tu fiel amigo, y pon tu confianza en Él, que incluso ahora en medio de la tempestad, clama, "Soy yo, no tengas miedo".

Otra reflexión les ofreceré a aquellos de ustedes que ahora están en graves problemas debido a asuntos temporales, y es esta: Cristo te ha ayudado hasta ahora. ¿No debería esto

consolarte? Ah, Pedro, ¿por qué podías tener miedo de hundirte? Fue suficiente milagro que no te hundieras al principio. ¿Qué poder es el que te ha retenido hasta ahora? Seguro que no es tuyo. Habías caído al instante al fondo del mar, oh hombre, si Dios no hubiera sido tu ayudante, si Jesús no te hubiera hecho flotar, Pedro, pronto habrías sido un cadáver flotante. Aquel que os ayudó entonces a caminar tanto como podíais caminar, seguramente Él os puede ayudar en todo el camino hasta que os tome de la mano en el Paraíso para glorificaros con Él mismo. Deje que cualquier cristiano mire hacia atrás a su vida pasada, y se asombrará de que es lo que es y donde está.

Toda la vida cristiana es una serie de milagros, prodigios enlazados en prodigios, en una cadena perpetua. Maravíllate, creyente, de que has sido sustentado hasta ahora, y Aquel que te ha guardado hasta el día de hoy, ¿no puede preservarte hasta el fin? ¿qué es esa ola rugiente que amenaza con abrumarte? ¿Qué es? Pues, has soportado olas más grandes que estas en el pasado. ¿Qué es esa explosión aulladora? Pues, Él te ha salvado cuando el viento aullaba peor que eso. El que te ayudó en seis tribulaciones no te desampará en esta, El que os ha librado de las garras del león y de las garras del oso, no os abandonará ahora.

En todo esto, me he esforzado por apartar vuestros ojos de lo que estáis viendo a lo que no podéis ver, pero en lo que debéis creer. ¡Vaya! si pudiera tener éxito, aunque mis palabras fueran débiles, no obstante, poderoso debería ser el consuelo que debería fluir de ellas.

Un ministro de Cristo, que siempre tenía la costumbre de visitar a los que sabía que eran eminentes en piedad, para poder aprender de ellos, visitó a un anciano cristiano que se había distinguido por su santidad. Sin embargo, para su gran sorpresa, cuando se sentó junto a su cama, el anciano dijo: “¡Ah! he perdido mi camino. En un momento pensé que era un hijo de Dios, ahora descubro que he sido una piedra de tropiezo para otros, durante estos cuarenta años he engañado a la iglesia y me he engañado a mí mismo, y ahora descubro que soy un alma perdida”.

El ministro muy sabiamente le dijo: “¡Ah! entonces supongo que te gusta la canción del borracho, y eres muy aficionado a las diversiones del mundo, y te deleitas en la blasfemia y el pecado. “¡Ay! no”, dijo él, “no los soporto, no podría soportar pecar contra Dios”. “Oh, entonces”, dijo el ministro, “entonces no es probable que Dios te encierre en el infierno con hombres que no puedes soportar aquí. Si ahora odias el pecado, confía en ello, Dios no te encerrará para siempre con los pecadores”. “Pero, hermano mío”, dijo el ministro, “dime qué te ha traído a un estado mental tan angustiado”. “Oh señor”, dijo él, “estaba apartando la mirada del Dios de la providencia hacia mí mismo. Me las arreglé para ahorrar unas cien libras, y he estado acostado aquí enfermo durante los últimos seis meses, y estaba pensando que mis cien libras pronto se gastarían, y entonces, ¿qué debo hacer? Creo que tendré que ir al asilo, no tengo amigos que me cuiden y he estado pensando en mis cien libras. Sabía que pronto desaparecería, y entonces, entonces, ¿cómo podría el Señor proveer para mí? Nunca

tuve dudas ni miedo hasta que comencé a pensar sobre asuntos temporales. Llegó el momento en que pude dejar todo eso con Dios. Si no hubiera tenido cien libras, me habría sentido bastante seguro de que Él me mantendría, pero empiezo a pensar ahora que no puedo mantenerme a mí mismo. En el momento en que pienso en eso, mi corazón se oscurece”.

Entonces el ministro lo despojó de toda confianza en un brazo de carne, y le dijo que su dependencia para el pan y el agua no estaba en sus cien libras, sino en el Dios que es el poseedor del cielo y la tierra, que en cuanto a su pan dándosele a él y su agua siendo segura, Dios se encargaría de eso, porque al hacerlo así solo estaría cumpliendo Su promesa. El pobre hombre fue capacitado en el asunto de la providencia para entregarse completamente a Dios, y entonces sus dudas y temores se calmaron, y una vez más comenzó a caminar por el mar de la angustia y no se hundió.

Oh creyente, si tomas tu negocio en tus propias manos, pronto estarás en problemas. El viejo puritano dijo: “El que talla para sí mismo pronto se cortará los dedos”, y yo lo creo. Nunca hubo un hombre que comenzara a tomar sus propios asuntos de la mano de Dios que no estuviera lo suficientemente contento de devolvérselos. El que corre delante de la nube, hace una misión tonta. Si dejamos todos nuestros asuntos, tanto temporales como espirituales, en la mano de Dios, no nos faltará nada bueno, y lo que es mejor, no tendremos preocupaciones, ni turbaciones, ni pensamientos, arrojaremos todas nuestras cargas sobre Él porque Él se preocupa por nosotros. No hace falta que cuiden dos, que cuide Dios y la criatura también, si el Creador se preocupa por nosotros, entonces la criatura puede cantar todo el día con gozo y alegría,

***“Cesan los mortales del trabajo y del dolor,
Dios provee para el mañana”.***

2. Pero ahora, en la segunda parte del discurso, tengo que hablar de **COSAS ESPIRITUALES**.

Para el cristiano, estas son las causas de más problemas que todas sus pruebas temporales. En los asuntos del alma y de la eternidad surgirán muchas dudas. Sin embargo, los dividiré en dos tipos: dudas sobre nuestra aceptación actual y dudas sobre nuestra perseverancia final.

Muchos son del pueblo de Dios que están muy molestos y preocupados con dudas acerca de su actual aceptación. “Oh,” dicen ellos, “hubo un tiempo en que yo sabía que era un hijo de Dios, estaba seguro de que era de Cristo, mi corazón volaría hasta el cielo con una palabra, miré a Cristo colgado en la cruz, puse toda mi confianza en Él, y un dulce, tranquilo y bendito reposo llenó mi espíritu”,

***“Qué horas de paz disfruté entonces;
¡qué dulce aún su recuerdo!
Pero han dejado un vacío doloroso,
El mundo nunca podrá llenar”.***

“Y ahora”, dice este que duda, “ahora temo que nunca conocí al Señor, creo que me he engañado a mí mismo y que he sido un hipócrita. Oh, si pudiera saber que soy de Cristo, daría todo lo que tengo en el mundo, si Él me hiciera saber que Él es mi amado y que yo soy de Él”. Ahora, alma, te trataré como lo he estado haciendo ahora con Pedro. Tus dudas surgen de mirar a las causas segundas, y no a Cristo. Veamos si esto no es la verdad.

¿Por qué dudas? Tu respuesta es: “Dudo porque siento mucho mi pecado. ¡Oh, qué pecados he cometido! Cuando vine a Cristo por primera vez, pensé que era el más grande de los pecadores, pero ahora sé que lo soy. Día tras día he añadido a mi culpa, y desde mi fingida conversión”, dice este dudoso, “he sido un pecador más grande que nunca. He pecado contra la luz y contra el conocimiento, contra la gracia y la misericordia y el favor. Oh, nunca hubo tal pecador bajo el cielo de Dios fuera del infierno como yo.”

Pero, alma, ¿no es esto mirar a las causas segundas? Es verdad, eres el primero de los pecadores, dalo por sentado, no lo discutamos. Tus pecados son tan malos como dices que son, y mucho más. Depende de ello, eres peor de lo que crees que eres. Crees que eres lo suficientemente malo, pero no eres tan malo en tu propia estimación como realmente eres. Vuestros pecados os parecen como olas rugientes, pero a la vista de Él son como montañas altísimas sin cima. Te ves a ti mismo negro, negro como las tiendas de Kedar, a los ojos de Dios eres aún más negro. Anota eso, para empezar, que las olas son grandes y que los vientos aúllan, eso no lo voy a discutir. Te pregunto, ¿qué tienes que ver con eso? ¿No te ordena la Palabra de Dios que mires a Cristo por grandes que sean vuestros pecados? Cristo es mayor que todos ellos. Son negros, pero Su sangre puede lavarte más blanco que la nieve.

Sé que vuestros pecados merecen condenación, pero los méritos de Cristo merecen salvación. Es verdad, el abismo del infierno es tu porción legítima, pero el cielo mismo es tu porción de gracia. ¡Qué! ¿Es Cristo menos poderoso que tu pecado? ¡Eso no puede ser! ¡Suponer eso sería hacer a la criatura más poderosa que el Creador! ¡Qué! ¿Es su culpa más frecuente ante Dios que la justicia de Cristo? ¿Puedes pensar tan poco en Cristo como para imaginar que tus pecados pueden abrumarlo y conquistarlo? Oh hombre, tus pecados son como montañas, pero el amor de Cristo es como el diluvio de Noé, prevalece veinte codos, y las cumbres de las montañas se cubren. Es mirar el pecado y no mirar al Salvador lo que te ha hecho dudar, estás mirando a la segunda causa, y no a Aquel que es mayor que todos.

“No, pero”, respondes, “no es mi pecado, señor, lo que me aflige, es esto, me siento tan

endurecido, no siento mi pecado como debería. ¡Oh, si pudiera llorar como algunos lloran! ¡Si pudiera orar como algunos oran! Entonces creo que podría salvarme. Si pudiera sentir algunos de los terrores que han sentido los hombres buenos, creo que podría creer, pero no siento ninguna de estas cosas. Mi corazón parece una roca de hielo, duro como el granito y frío como un iceberg. No se derretirá. Usted puede predicar, pero no se afecta, yo puedo orar, pero mi corazón parece mudo, puedo leer incluso la historia de la muerte de Cristo, y, sin embargo, mi alma no se conmueve. ¡Oh, ciertamente no puedo ser salvado!" Esto es mirar a las segundas causas, ¡otra vez!

¿Habéis olvidado aquella Palabra que decía: "Dios es más grande que nuestro corazón"? ¿Has olvidado eso? ¡Oh hijo de Dios! avergüénzate de que busques comodidad donde nunca se puede encontrar comodidad. ¡Mira a ti mismo por la paz! Vaya, nunca puede haber ninguno en esta tierra de guerra. ¿Buscas gozo en tu propio corazón? No puede haber ninguno allí, en este desierto yermo del pecado. Vuélvete, vuelve tu mirada a Cristo, Él puede limpiar tu corazón, Él puede crear vida, luz y verdad en las partes internas, Él puede lavarte hasta que seas más blanco que la nieve, y limpiar tu alma y vivificarla y hacer que viva, sienta y se mueva, para que oiga Sus palabras más sencillas y obedezca Su mandato susurrado. Oh, no mires ahora la segunda causa, mira la gran primera causa, de lo contrario te haré otra vez la pregunta: "¡Hombre de poca fe!, ¿por qué dudas?"

"Sin embargo", dice otro, "podría creer, a pesar de mi pecado y mi dureza de corazón, pero, ¿sabes que últimamente he perdido la comunión con Cristo a tal punto que no puedo dejar de pensar que debo ser un desechado? ¡Vaya! Señor, hubo momentos en que Cristo solía visitarme y traerme muestras de amor tan dulces, yo era como el corderito de la parábola, bebía de Su copa, me alimentaba de Su mesa y me acostaba en Su seno. Muchas veces me llevó a Su casa de banquetes, Su estandarte sobre mí fue el amor. ¡Qué banquetes tuve entonces! Me deleitaba en la luz del sol de Su rostro, era verano en mi alma. Pero ahora, es invierno, y el sol se ha puesto, y la casa de banquetes está cerrada. No hay frutas en la mesa, no hay vinos en los odres de la promesa, llego al santuario, pero no encuentro consuelo, me dirijo a la Biblia, pero no encuentro consuelo, caigo de rodillas, pero incluso el corriente de oración parece ser un arroyo seco".

¡Ay! alma, pero ¿no sigues buscando causas segundas? Estas son las más preciosas de todas las cosas secundarias, pero no debes mirarlas a ellas, sino a Cristo. Recuerda, no es tu comunión lo que te salva, sino la muerte de Cristo, no son las cómodas visitas de Cristo a tu alma las que aseguran tu salvación, es la propia visita de Cristo a la casa del luto y al huerto de Getsemaní. Quisiera que mantuvieras tus comodidades todo el tiempo que puedas, pero cuando mueran, sigue creyendo en tu Dios.

Jonás tenía una calabacera una vez, y cuando esa calabacera murió, comenzó a llorar. Bien

podría alguien haberle dicho: "¡Jonás! has perdido tu calabacera, pero no has perdido a tu Dios". Y así podríamos decirte, no has perdido Su amor, has perdido la luz de Su rostro, pero no has perdido el amor de Su corazón, has perdido Su dulce y misericordiosa comunión, pero Él sigue siendo el mismo, y Él quiere que creas en Su fidelidad y que confíes en Él en la oscuridad, y que confíes en Él en la tormenta, en el viento y la tempestad. No mires a ninguna de estas cosas externas, sino mira únicamente a Cristo: Cristo sangrando, Cristo muriendo, Cristo muerto, Cristo sepultado, Cristo resucitado, Cristo ascendido, Cristo intercediendo. Esto es a lo que debes mirar: a Cristo, y sólo a Él, y mirando allí, serás consolado, pero mira cualquier otra cosa, y comenzarás a hundirte, como Pedro, las olas te fallarán y tendrás que clamar: "Señor sálvame, o pereceré".

Pero, de nuevo, para concluir, otros del pueblo de Dios temen que nunca podrán perseverar y resistir hasta el final. "¡Vaya!" dice uno: "Sé que todavía caeré y pereceré, ¡pues miren! ¡Miren qué corazón malvado de incredulidad tengo, no puedo vivir un día sin pecado, mi corazón es tan traicionero, es como una bomba, pero una chispa de tentación cae sobre él y estallará para mi eterna destrucción. Con un corazón de yesquero como el que tengo, ¿cómo puedo esperar escapar, mientras camino en medio de una lluvia de chispas? "¡Vaya!" dice uno: "Siento que mi naturaleza es tan absolutamente vil y depravada que no puedo esperar perseverar. Si aguanto una semana o un mes será un gran trabajo, pero aguantar toda la vida hasta morir ¡oh! esto es imposible".

Mirando a las segundas causas de nuevo, ¿no es así? ¿Te importaría recordar que si buscas la fuerza de la criatura es absolutamente imposible que perseveres en la gracia, incluso durante diez minutos, y mucho menos durante diez años? Si tu perseverancia depende de ti mismo, eres un hombre perdido. Puede escribir eso con certeza. Si tienes una jota o una tilde que hacer con tu propia perseverancia en la gracia divina, nunca verás el rostro de Dios por fin, tu gracia se extinguirá, tu vida se extinguirá, y debes perecer, si tu salvación depende de ti mismo.

Pero recuerda, ya te ha guardado estos meses, y estos años, ¿qué ha hecho eso? Pues, la gracia divina, y la gracia divina que te ha retenido durante un año puede retenerte durante un siglo, es más, durante una eternidad, si fuera necesario. El que ha comenzado puede continuar y debe continuar también, de lo contrario, incumpliría su promesa y se negaría a sí mismo.

"¡Ah!, pero", tú dices, señor, no puedo decir de qué tentaciones estoy rodeado, estoy en un taller, donde todos se ríen de mí, me ponen apodos porque sigo la causa de Cristo. Hasta ahora he podido soportar sus reproches y sus burlas, pero ahora están adoptando otro plan, tratan de tentarme para que me aleje de la casa de Dios, y me atraen al teatro y a las diversiones mundanas, y me siento que, colocado como estoy, nunca podré aguantar. ¡Así podría una chispa tener la esperanza de vivir en medio de un océano que la gracia de vivir en mi corazón!"

¡Ay! pero, alma, ¿quién la ha hecho vivir hasta ahora? ¿Qué es lo que te ha ayudado hasta ahora a decir "No" a cada tentación? pues, el Señor tu Redentor. No podrías haberlo hecho tanto tiempo, si no hubiera sido por Él, y Él, que te ha ayudado a estar de pie tanto tiempo, nunca te avergonzará. Pues, si eres un hijo de Dios, y te apartas y pereces, ¡cuánta deshonra caería sobre Cristo! "¡Ajá!" el diablo diría, "aquí está un hijo de Dios, y Dios lo ha expulsado de Su familia, y finalmente lo he llevado al infierno".

¿Es esto lo que Dios hace con sus hijos: los ama un día y al día siguiente los odia, les dice que los perdona y, sin embargo, los castiga, los acepta en Cristo y, sin embargo, los envía al infierno? ¿Puede ser eso? ¿Será? Nunca, no mientras Dios sea Dios. "Ajá", dice de nuevo Satanás, "a los creyentes se les ha dado vida eterna. Aquí hay uno que tenía vida eterna, y esta vida eterna se ha extinguido. No fue eterna. La promesa era una mentira, era vida temporal, no era vida eterna". "¡Ajá!" dice él, "He encontrado una falla en la promesa de Cristo, Él les dio solo vida temporal, y la llamó eterna".

Y nuevamente, el archi-demonio diría, si fuera posible que un hijo de Dios pereciera, "¡Ajá! Tengo aquí una de las joyas de la corona de Cristo", y él la sostendría, y desafiaría a Cristo en Su misma cara, y se burlaría de Él. "Esta es una joya que compraste con Tu propia sangre. Aquí hay uno a quien viniste al mundo a salvar y, sin embargo, no pudiste salvarlo. Lo compraste y pagaste por él, y sin embargo lo tengo, era una joya de Tu corona, y sin embargo aquí está, en manos del príncipe negro, Tu enemigo. ¡Ajá! ¡Rey con una corona dañada! Has perdido una de Tus joyas". ¿Puede ser así? No, nunca, y por eso todo el que cree está tan seguro del cielo como si estuviera allí. Si te entregas simplemente a Cristo, ni la muerte ni el infierno te destruirán jamás.

Recuerda lo que dijo el buen Sr. Berridge, cuando un amigo lo recibió una mañana: "¿Cómo está, Sr. Berridge?" "Muy bien, te lo agradezco", dijo, "y tan seguro del cielo como si yo estuviera allí, porque tengo una sólida confianza en Cristo". ¡Qué hombre feliz debe ser un hombre así, que sabe y siente que eso es verdad! Y, sin embargo, si no lo sentís, si sois hijos de Dios, os hago esta pregunta: "¿Por qué dudáis?" ¿No hay una buena razón para creer? "Hombre de poca fe, ¿por qué dudas?" Si has creído en Cristo, eres salvo y serás salvo, si te has encomendado en sus manos: "Porque yo sé en quién he creído, y estoy convencido de que Él es poderoso para guardar mi depósito hasta aquel día".

"Sí", dice uno, "este no es el miedo que me preocupa, mi única duda es si soy un hijo de Dios o no". Termino, pues, repasando el viejo terreno. Alma, si quieres saber si eres hijo de Dios, no te mires a ti mismo, sino a Cristo. Vosotros que estáis aquí hoy, que deseáis ser salvos, pero teméis que nunca podréis serlo, nunca busquéis en vosotros mismos ninguna base para ser aceptados ante Dios. No yo, sino Jesús; no mi corazón, sino Cristo; no el hombre, sino el Creador del hombre.

¡Oh pecador! no penséis que debéis traer nada a Cristo para recomendaros. Ven a Él tal como eres. Él no quiere buenas obras tuyas, tampoco buenos sentimientos. Ven, tal como eres. Todo lo que necesitas para prepararte para el cielo, Él lo ha comprado para ti, y Él te lo dará, todo esto lo tendrás libremente con sólo pedirlo. Sólo ven, y Él no te desechará, pero dices: "Oh, no puedo creer que Cristo pueda salvar a un pecador como yo". Yo respondo: "Hombre de poca fe, ¿por qué dudas?" Él ya ha salvado a pecadores tan grandes como tú, solo pruébalo a Él, solo pruébalo a Él.

***"Aventúrate en Él, aventúrate por completo;
que no se interponga ninguna otra confianza".***

Pruébenlo, pruébenlo, y si lo encuentran falso, entonces díganlo en todas partes que Cristo no era verdadero, pero eso nunca será. Acude a Él, dile que eres un alma deshecha, sin Su gracia soberana, pídele que tenga misericordia de ti. Dile que estás decidido, si pereces, que perecerás al pie de Su cruz. Ve y aférrate a Él, mientras Él cuelga sangrando allí, míralo al rostro y di: "Jesús, no tengo otro refugio, si me desprecias, estoy perdido, pero nunca me apartaré de Ti, te abrazaré en vida, y te abrazaré en la muerte, como única roca de salvación de mi alma". Ten la seguridad de que no serás enviado vacío, debes ser aceptado, si simplemente crees.

Oh, que Dios te capacite, por la influencia divina de Su Santo Espíritu, para creer, y entonces, ¿no tendremos que hacer la pregunta: "Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?" Ruego a Dios que ahora aplique estas palabras a tu comodidad. Han sido palabras muy sencillas y muy hogareñas, pero, sin embargo, convendrán a corazones sencillos y hogareños. Si Dios los bendice, ¡a Él sea la gloria!